

## LIBRO DÉCIMO.

## SUMARIO.

*Informa Idomeneo á Mentor del motivo de la guerra.*

*Cuéntale como los Mandurienses le cediéron desde luego la costa en que fundó la ciudad, y ellos se retiráron á los montes vecinos; y que habiendo sido maltratados algunos por los suyos, le diputáron dos ancianos, con quienes arregló los tratados de la paz que hicieron: que despues de una infraccion de estos tratados hecha por ciertos vasallos suyos que los ignoraban, se disponian á hacerle la guerra. Estándolo refriendo Idomeneo se presentáron los Mandurienses á las puertas de Salento, trayendo en su ejército á Nestor, Filoctetes y Falanto, á quienes Idomeneo creía neutrales. Sale Mentor de la ciudad, y solo va á proponer á los enemigos condiciones de paz.*

CONOCIENDO Mentor el noble ardor de que ya estaba inflamado Telémaco, le miró con afabilidad, y le habló en estos términos: Alégrome, hijo de Ulises, de verte tan deseoso de gloria; mas acuérdate que no alzanzó tu padre en el sitio de Troya una reputacion como la que tiene entre los Griegos, sino mostrándose el mas sabio y moderado de todos ellos. Aunque invencible Aquiles é invulnerable, y aunque cierto de llevar el terror y la muerte adonde quiera que combatiere, no pudo sin embargo tomar á Troya; ántes por el con-

trario le vió aquella ciudad muerto al pie de sus muros, triunfando al fin del vencedor de Hector. Pero Ulises, en quien la prudencia ordenaba el valor, condujo el fuego y el hierro hasta en medio de sus plazas, y á él se le debió la caída de aquellas altas y soberbias torres, que por espacio de diez años amenazáron á toda la Grecia conjurada. Tan superior es Minerva á Marte, como el valor dirigido por la prudencia, y la precaucion lo es á un esfuerzo impetuoso y feroz. Empecemos pues, ó Idomeneo, por saber las causas que motivan esta guerra; no porque yo rehuse entrar en ningun peligro, pero creo que debeis instruirnos previamente de la justicia con que la haceis, contra quien, y de las fuerzas con que os hallais para esperar un feliz suceso.

Cuando llegamos á esta costa, le respondió Idomeneo, hallamos en ella un pueblo salvaje, que habitaba las selvas, y vivia de la caza y de la fruta que espontáneamente producen los árboles. Estos pueblos, llamados Mandurios (1) asombrados de ver nuestras naves y nuestras armas, se retiráron á los montes; pero movidos nuestros soldados de la curiosidad de ver el país, se encontráron, persiguiendo unos ciervos, con estos salvages fugitivos, cuyo gefe les dijo: Nosotros hemos abandonado, y os hemos cedido las apacibles costas del mar, sin que nos queden mas que estas montañas casi inaccesibles; y parece justo que nos dejeis vivir en ellas en paz y en libertad. Ahora os halla-

(1) Los Mandurios eran unos pueblos de la Pulla en el reino de Nápoles, que sacáron su nombre del lago Andario, del cual habla Plinio, y cuyas aguas saladas nunca menguaban ni crecian.

mos errantes, dispersos, y tan inferiores en fuerzas á nosotros, que está en nuestra mano no solo quitaros la vida: sino impedir que llegue á vuestros compañeros la noticia de vuestra desgracia; pero no queremos manchar nuestras manos con la sangre de nuestros semejantes. Id en paz: acordaos que debeis la vida á nuestros sentimientos de humanidad; y nunca os olvidéis que es de un pueblo, que vosotros llamais grosero y salvaje, de quien recibis esta leccion de moderacion y generosidad.

Vueltos al campo los nuestros, contáron lo que les habia acaecido: irritáronse los soldados, y tuviéron á ménos que unos Cretenses fuesen deudores de la vida á una caterva de fugitivos, que mas les parecian osos que hombres. Vuelven á caza en mayor número, prevenidos de todo género de armas, y á muy poco se encontráron, y diéron sobre los salvages. El combate fué cruel. Volaban los dardos de una y otra parte como en una tempestad cae granizo en un campo. Viéronse por fin precisados aquellos á refugiarse en sus fragosas montañas, donde no se atreviéron á empeñarse los nuestros.

A poco tiempo me enviáron á pedir la paz por dos de sus mas sabios ancianos: trajéronme en presente pieles de las fieras que cazan, y frutas del pais; y despues de ofrecérmele, habláron de este modo.

Ya ves, ó rey, que en una mano tenemos la espada, y un ramo de oliva en la otra (teníanlo en efecto): he aquí la paz y la guerra, escoge. Nosotros mas queremos la paz: por conservarla no hemos tenido á ménos cederte esta hermosa ribera que fertiliza el sol, y la hace llevar tan delicados frutos, porque nos son mas apreciabiles los que la paz produce: por ella nos hemos

retirado á esas escarpadas montañas, siempre cubiertas de yelos y nieve, y donde nunca se ven las flores de la primavera, ni los sazoados frutos del otoño. A nosotros nos horroriza esa brutalidad, que disfrazada con los bellos nombres de ambicion y de gloria, anima á esas fieras humanas á devastar las provincias, y regarlas con sangre de los que son sus hermanos. Si te inflama esa gloria, no te la envidiamos; te compadecerémos y rogarémos á los dioses que nos preserven de semejante furor. Si las ciencias que aprenden los Griegos con tanta aplicacion, y la cultura de que hacen tanto alarde, no les inspiran mas que esa detestable injusticia, nosotros nos creemos muy felices en carecer de esas ventajas, y nos gloriaremos de ser ignorantes y bárbaros; pero justos, humanos, fieles, desinteresados, acostumbrados á contentarnos con poco, y á despreciar la liviana delicadeza que hace se necesite de mucho. Lo que estimamos es la salud, la frugalidad, la libertad, la robustez del cuerpo y el vigor del espíritu: el amor de la virtud, el temor de los dioses, el afecto á nuestros parientes, la inclinacion á los amigos, la fidelidad con todos, la moderacion en la prosperidad, la constancia en la adversidad, y la firmeza para decir siempre osadamente la verdad, y detestar la lisonja. Tales son los pueblos que te ofrecemos por vecinos y aliados. Si los dioses, irritados contra tí, te ciegan hasta el extremo de que desprecies su amistad, aprenderás, aunque tarde, que los que por moderacion buscan la paz, son los mas temibles en la guerra.

Miéntras que así me habláron, estúveles yo mirando atentamente, y no me hartaba de verlos. Tenian larga y descuidada la barba, corto y encanecido el cabello, pobladas las cejas, ojos vivos, un mirar y un aspecto

denodado, el modo de hablar grave y lleno de autoridad, y sus modales sencillos é ingenuos. Estaban vestidos de pieles anudadas á la espalda, que les dejaban descubiertos los brazos, mas nerviosos y robustos que los de nuestros atletas. Yo les respondí que deseaba la paz; y en consecuencia procedimos de buena fé al arreglo de muchos artículos y condiciones; y ajustadas que fuéron, tomamos á los dioses por testigos, y se volviéron contentos y regalados.

Pero los dioses, que me arrojáron del trono de mis mayores, aun no estaban cansados de perseguirme. Nuestros cazadores, que todavía no podian tener noticia de la paz ajustada, encontráron en el mismo dia una multitud de estos bárbaros que iban acompañando á sus enviados vueltos de nuestro campo: les atacáron vivamente, matáron una parte de ellos, y persiguiéron la otra hasta los bosques; y ved aquí nuevamente encendida la guerra, creyendo que ni pueden fiarse de nuestras promesas, ni aun de nuestros juramentos.

Para sernos mas temibles han llamado, y vienen con efecto en su socorro los Locreses, Apulleses, Lucanienses, Brucios y los pueblos de Croton, Nerita, Mesapia y Brindez. Los Lucanienses traen carros armados de cortantes hoces: de los Apulleses cada uno viste la piel de la fiera que mata, y se arma de una nudosa maza, guarnecida de puntas de hierro: su estatua es casi agigantada, y sus cuerpos tan robustos con los penosos trabajos en que se ejercitan, que con solo la vista espantan. Los Locreses (1), originarios de

(1) Los Locreses eran unos pueblos de la Focida que habitaban en ámbos lados del monte Parnaso.

la Grecia, aun se resenten de su origen, siendo mas humanos que los otros; pero á la exacta disciplina de las tropas Griegas juntan el vigor de los bárbaros, y el ejercicio de una vida dura, lo cual les hace invencibles: ármanse de ligeros escudos, tejidos de mimbres, cubiertos de pieles, y de largas espadas. Los Brucios (1) son tan ligeros en la carrera como los ciervos y los gamos: apénas dejan en la arena señal de sus pasos; y es tal la prontitud con que cargan, y se retiran, que todo parece á un tiempo. Los Crotoneses (2) son tan diestros arqueros, que no tenderá un Griego mejor el arco que le tienden ellos; y si se dedicaran á nuestros juegos, no habria premio que no ganasen: tienen sus flechas con el jugo de ciertas yerbas venenosas que vienen, segun dicen, de las márgenes del Averno, y su veneno es mortífero. Por lo que respecta á los de Nerita (3), de Mesapia (4) y de Brindez (5), aunque fuertes y animosos, carecen de disciplina: al avistar al enemigo despiden hasta el cielo espantosos gritos. Sir-

(1) Los Brucios eran unos pueblos de Italia habitantes de una península de la Calabria ulterior que forma el golfo llamado actualmente Gioia en el desembocadero del rio Meiro ó Metauro.

(2) Croton ó Cortona, es una ciudad del reino de Nápoles en el golfo de Tarento.

(3) Nerita, hoy Nardo, es una pequeña villa de la Calabria, en el reino de Nápoles.

(4) Mesapia, comarca de Italia entre Brindez y Tarento, hoy la Calabria.

(5) Brindez ó Brindisi, ciudad de Calabria, sobre el mar Adriático.

vense tan bien de la honda, que sus descargas parecen tempestades de piedra que oscurecen la luz; pero pelean sin órden.

Ya sabeis, Mentor, lo que deseabais; sabeis el origen que ha tenido la guerra, y sabeis cuales son los enemigos contra quienes hemos de sustentarla.

Hecha esta declaracion, le pareció á Telémaco, impaciente ya por hallarse en ella, que solo faltaba tomar las armas; pero Mentor volvió á contenerle, y habló así á Idomeneo.

¿En qué consiste que los Locreses, originarios de Grecia, se unan á los bárbaros contra los Griegos? ¿en qué consiste que florezcan en esta costa tantas colonias Griegas, sin que nadie les incomode? ¡Ay, Idomeneo! os quejais de que los dioses aun no se han cansado de perseguiros, é yo me lastimo de que aun no hayan acabado de enseñaros. Tantos trabajos como habeis padecido aun no han bastado á instruiros de cuanto es bien que se haga por evitar la guerra. Lo que vos mismo decis de la buena fé de esos bárbaros, prueba lo fácil que os hubiera sido vivir con ellos en paz; pero la altivez y la soberbia producen y agitan aquel temible azote. Hubierais podido muy bien darles y recibir rehenes; enviar con sus embajadores algunos de vuestros capitanes que les condujesen con seguridad; y aun despues de renovada la guerra pudisteis y debisteis aplacarlos, dándoles satisfaccion de aquel inopinado é involuntario incidente: debisteis ofrecerles cuantas seguridades hubiesen querido, é imponer las mas rigurosas penas contra cualquiera de vuestros vasallos que violara las leyes de la alianza. Mas decidme, ¿qué sucesos ha habido desde que se empezaron las hostilidades?

Yo creí, respondió Idomeneo, que nos era indecoroso dar satisfaccion á esos bárbaros, de los cuales se armáron inmediatamente todos los que se hallaban en estado, é imploráron el socorro de los pueblos vecinos, haciéndonos á ellos sospechosos y aborrecibles. Y en este estado me pareció lo mas seguro ocupar prontamente en las montañas ciertos pasos mal guardados: conseguimoslo sin dificultad, y nos pusimos en estado de exterminar á nuestros enemigos. En las mismas montañas hice levantar unas torres, desde donde no solo pueden nuestros soldados oprimir con los dardos á cuantos se aventuren á descender por ellas á nuestro pais, sino asegurar la entrada de los nuestros en el suyo, y saquear cuando quieran sus principales habitaciones. Así es como, aunque con fuerzas tan desiguales, podemos resistir á esa multitud que nos rodea. Por último nuestra reconciliacion viene á ser ya muy difícil, porque nosotros no podemos abandonarles aquellas torres sin esponernos á sus incursiones, y ellos las miran en nuestro poder como amenazas de su libertad.

Instruido Mentor como deseaba del origen, progresos y estado de la guerra, dirigió á Idomeneo este discurso. Vos sois un rey sabio, y como tal quereis que se os diga la verdad como ella es en sí: no sois como esos hombres débiles que temen verla, porque les falta valor para reconocerse, y solo le tienen para emplear su autoridad en sostener sus desaciertos. Así que no dudaré deciros que ese pueblo bárbaro os dió una admirable leccion cuando vino á pedir la paz. ¿Os la pidió acaso por flaqueza, ó por falta de valor y de medios con que hacer la guerra? Ya veis por el contrario cuan aguerrido se halla, y como le sostienen

tantos y tan formidables vecinos. ¡Ojalá hubierais imitado su moderacion! pero una dañosa verguenza y una presuncion detestable os atrajeron esta desgracia: temisteis engreirle con vuestra moderacion, y no recelasteis hacerle con vuestra injusta altivez tan poderoso y formidable en vuestro daño. ¿De qué sirven esas torres de que tanto blasonais, sino de ponerles en la alternativa de morir ó mataros para preservarse de una inminente servidumbre? Esas torres levantadas para vuestra seguridad son las que os tienen en el peligro en que os veis.

La mas segura defensa de un estado es la justicia, la moderacion, la buena fé, y la seguridad que debe inspirar á los comarcanos de que es incapaz de usurparles los suyos. Las mas fuertes murallas se arruinan por mil accidentes imprevistos; la fortuna es caprichosa é inconstante en la guerra; pero ganando con la moderacion é integridad el amor y la confianza de las naciones inmediatas, asegúrese un príncipe de que jamas será de otro vencido, ni casi nunca atacado; pues aun cuando hubiese alguno tan injusto que lo intentase, saldrian inmediatamente á la defensa todos los otros, interesados en la conservacion de su digno aliado. Un apoyo como él de tantos pueblos, que encontrasen sus verdaderos intereses en sostener los vuestros, os hubiera hecho mucho mas poderoso que esas torres que hacen irremediables vuestros males. Si desde el principio hubierais cuidado de no haceros sospechoso, creciera vuestra ciudad á la sombra de una dichosa paz, y seriais el árbitro de todas las naciones de la Hesperia.

Por esto debemos ahora circunscribirnos á examinar los medios de reparar en lo venidero los perjuicios de lo pasado.

Empezasteis á decirme que hay en estas costas algunas colonias Griegas; é yo creo que deberán estar dispuestas á socorrerlos, así porque no habrán olvidado el gran nombre de Minos, hijo de Júpiter, como por él que vos mismo os adquiristeis, distinguiéndoos tantas veces entre los príncipes Griegos, con quienes concurristeis por la causa comun de la Grecia al sitio de la formidable Troya. ¿Por qué, pues, no procurais atraerlas á vuestro partido?

Porque todas, respondió Idomeneo, han resuelto permanecer neutrales; no porque les falte inclinacion á socorrerme, sino porque la gran magnificencia con que se empezó, y se continua esta ciudad, les asombra, y hace recelar no ménos que á los otros que concibamos designios contra su libertad. Temen que despues de subyugar á los bárbaros de las montañas, llevemos adelante la ambicion. En una palabra, todo está contra nosotros; pues los que no nos hacen una guerra abierta, desean cuando ménos vernos abatidos; y el miedo de todos impide que nadie nos ayude.

¡Raro extremo! replicó Mentor: por querer parecer muy poderoso destruis vuestro poder; y miéntras que sois en lo exterior y para vuestros vecinos un objeto de temor y de odio, os estais interiormente aniquilando y consumiendo en los esfuerzos que necesitais hacer para sostener esta guerra. ¡O una y mil veces desgraciado Idomeneo, á quien la misma desgracia no ha podido instruir mas que á medias! ¿Necesitais acaso una segunda caida para prever los riesgos que amenazan aun á los mayores reyes de la tierra? Dejadlo no obstante á mi cuidado, y decidme circunstanciadamente cuales son esas ciudades Griegas que rehusan vuestra alianza.

La principal, le respondió Idomeneo, es Tarento (1), fundada tres años hace por Falanto con un gran número de jóvenes que juntó en Laconia (2), nacidos de las mugeres que olvidaron á sus maridos ausentes en el sitio de Troya; las cuales se los facilitaron para poder mejor ocultar su delito, y aplacar á sus maridos. Como que esta multitud de jóvenes nacidos fuera de matrimonio no reconocia padre ni madre, vivia con el mayor desenfreno: pero contúvoles la severidad de las leyes, y reunidos que fuéron á Falanto, capitán atrevido, intrépido, ambicioso, y diestro en ganar voluntades, los atrajo á esta costa, donde con ellos ha hecho de Tarento una segunda Lacedemonia. También Filoctetes (3) que ganó en el sitio de Troya tanta reputacion con las flechas de Hércules, ha levantado no léjos de aquí los muros de Petilia (4) ménos poderosa, pero mejor gobernada que Tarento. Finalmente tenemos á poca distancia la ciudad de Metaponto (5) fundada por Nestor con sus Pilios.

¡Cómo! replicó Mentor, ¡tenéis á Nestor en la Hesperia, y no habeis sabido interesarle en vuestra defensa!

(1) Tarento, ciudad de los Salentinos, en la provincia de Mesapia, hoy ciudad arzobispal de la tierra de Otranto en la costa meridional, en el reino de Nápoles.

(2) La Laconia era una provincia del Peloponeso; hoy es Zaconia, en la Morea.

(3) Filoctetes, amigo y compañero de Hércules, á quien hizo jurar que á nadie descubriría el lugar de su sepultura, y á quien regaló sus flechas teñidas en la sangre del hidra.

(4) Petilia, hoy Petillano, en la Toscana.

(5) Metaponto, en el golfo de Tarento.

¡Al gran Nestor, que tantas veces ha sido testigo de vuestras hazañas en el sitio de Troya, y que con vos tenia tan estrecha amistad! Yo la he perdido, respondió Idomeneo, por el artificio de esos pueblos, que no tienen de bárbaros mas que el nombre: tan sagaces que han logrado persuadirle que yo proyectaba tiranizar la Hesperia. Nosotros le desengañaremos, dijo Mentor. Telémaco le vió en Pilos ántes que viniese á fundar esta colonia, y ántes que nosotros emprendiésemos nuestros largos viages en busca de Ulises; y no creo que haya olvidado la memoria de este héroe, ni las demostraciones de cariño que hizo á su hijo; mas lo que importa es desvanecer sus sospechas: y pues las que habeis hecho concebir á todos han encendido la guerra, disipándolas podremos apagarla. Vuelvo á decirlo que lo dejéis á mi cuidado.

Fuera de sí de contento abrazó á Mentor Idomeneo con tanta ternura, que apenas pudo decirle: ¡O sabio anciano, enviado de los dioses para enmendar mis desaciertos! confieso que me hubiera irritado contra cualquier otro que me hablara con tanta libertad, y tambien confieso que solo vos pudierais reducirme á pedir la paz. Resuelto estaba á morir ó vencer; pero la razon exige que prefiera vuestros sabios consejos á mis apasionados dictámenes. ¡Feliz de vos, Telémaco, que no podréis con semejante guia desviaros como yo de la senda de la justicia! Vos sois, Mentor, el árbitro: en vos se contiene toda la sabiduría de los dioses: la misma Minerva no daría mas saludables consejos. Id, prometed, concludid, dad todo lo que de mí depende, que Idomeneo os ofrece aprobar todo lo que viereis que es conveniente que se haga.

Hablando estaban, cuando de improviso oyéron el

confuso crujir de los carros, el relinchar de los caballos, la espantosa gritería de los soldados, y el ronco son de las trompas que ocupaban el aire de marcial estruendo. Todos sorprendidos gritan á una: ¡ya estan aquí los enemigos que por medio de un rodeo han evitado el paso de los desfiladeros tan cuidadosamente guardados! Ya sitian á Salento. Consternados los ancianos y las mugeres, exclamaban: ¡infelices de nosotros, que dejamos nuestra cara pátria, la fértil Creta, y seguimos á un desgraciado rey atravesando los mares para fundar una ciudad, que como otra Troya se convertirá en cenizas! Desde las murallas nuevamente construidas se veían en la vasta campaña los cascós, las corazas y broqueles de los enemigos que brillaban al sol tanto que deslumbraban. Veíanse también las picas levantadas en tanto número, que cubrían la tierra, así como en el estío la cubre una abundante cosecha con que en los campos de Enna en Sicilia recompensa Ceres las fatigas del labrador. Por último se descubrian los carros armados de cortantes hoces, y se distinguían fácilmente las tropas que cada nación enviaba.

Para conocerlas mejor sube Mentor á una alta torre, y le siguen Idomeneo y Telémaco; y apénas llega, cuando descubre á un lado á Filoctetes, y á otro á Nestor (1), fácil de conocer por su venerable ancianidad, con su hijo Pisístrato. ¡Qué es lo que veo! exclamó Mentor: vos, Idomeneo, habiais creído que Filoctetes y Nestor se contentaban con no ayudaros:

(1) Nestor, hijo de Neleo, rey de Pilos, ciudad de Mesenia, hoy la Morea, célebre por su prudencia, elocuencia y larga vida, que dicen los mitólogos haber durado trececientos años.

mas vedlos allí que han tomado contra vos las armas, y si no me engaño, esas otras tropas, que marchan tan despacio y en tan buen orden, son lacedemonias, mandadas por Falanto. Todos son contra vos: no hay ningun pueblo en toda la costa de quien sin querer no os hayais hecho un enemigo.

Diciendo esto, desciende presurosamente, y se dirige á la puerta de la ciudad, hácia donde avanzaba el enemigo: hácesela abrir; y queda tan absorto Idomeneo de la magestad con que lo manda, que ni aun se atreve á preguntarle el fin que en ello se propone. Hace Mentor seña de que nadie se atreva á seguirle: acércase á los enemigos, asombrados ya de la resolucion de un hombre solo que se les presenta: enseñales desde léjos un ramo de oliva en señal de paz; y cuando llegó á distancia de que pudiesen oírle, les pide que se junten todos los cabos del ejército: júntanse, y les habla en estos términos:

Generosos varones, caudillos de tantas naciones como florecen en la rica Hesperia, yo sé muy bien que solo os ha movido á reuniros el interes común de la libertad: alabo tan digno zelo; mas permitidme que os haga presente un medio fácil de conservarla con gloria de vuestros pueblos sin derramar la sangre humana. Nestor, sabio Nestor, á quien veo en esta asamblea, no ignorais cuan funesta es la guerra á los mismos que la emprenden con justicia, y bajo la proteccion de los dioses, ella es el mayor mal con que afligen á los hombres. Jamas podréis olvidar lo que por espacio de diez años sufrieron los Griegos ante la infeliz Troya. ¡Qué divisiones entre los capitanes! ¡qué caprichos de la fortuna! qué estragos hizo en ellos Hector por su mano! qué desgracias no causó en las ciudades mas opulentas

la larga ausencia de sus reyes! ¡A su vuelta naufragaron unos en el promontorio de Cafarea (1), y otros encontraron una lastimosa muerte en el seno de sus mismas esposas. ¡O dioses! ¡preciso es que vuestro enojo armase á los Griegos para esta famosa expedición! Dignaos de no conceder jamas á los pueblos de la Hesperia tan funestas victorias. Yace Troya en cenizas, verdad es; pero mejor les fuera á los que á tanta costa la incendiaron que se conservase con todo su esplendor, y que el afeminado París gozase con Elena de sus infames amores. ¡Díganlo los pueblos de la Laconia en lo que padecieron por faltarles sus príncipes, capitanes y soldados! Y vos, Filoctetes, por tanto tiempo infeliz y abandonado en la isla de Lemnos (2), ¿no teméis que en una tan semejante guerra os sucedan desgracias semejantes? Y todos vosotros, Griegos, ¡qué habeis venido á fundar en la Hesperia, ¡qué otra causa os ha precisado á hacerlo sino una consecuencia de las desgracias que produjo aquella misma guerra!

Después de haber discurrido así, se dirigió hácia los Pilios; y Nestor, que ya le habia conocido, se vino para él á saludarle, y le dijo: ¡Con quanto gusto vuelvo á veros sabio Mentor! Muchos años hace que os ví por primera vez en la Focida (3), cuando solo teniais quince años, y desde entónces preví que llegaríais á ser tan sa-

(1) Cafarea es el cabo mas occidental de la isla de Negroponte, hoy *Cabo figurera* ó *del Oro*.

(2) Lemnos, isla del mar Egeo, hoy Estalimeno.

(3) La Focida era un pais del Acaia en Grecia; es hoy una parte de la Livadia y Siramulipa, ó el Acaia moderna, dependiente de la Turquía de Europa.

bio como lo ha acreditado la esperiencia. ¿Pero por qué casualidad os hallamos aquí, y cuales son los medios que teneis de terminar esta guerra? Idomeneo nos ha precisado á que se la hagamos, á pesar de que todos la huimos, y del interes con que solicitábamos la paz; pero con él no podemos tener ninguna seguridad: ha violado cuantas promesas ha hecho á sus mas inmediatos vecinos, y debemos recelar que ahora solo desee la paz para desunir y desarmar la liga que es nuestra única defensa contra el designio ambicioso que manifiesta de subyugar á todos los pueblos: en una palabra, no nos ha dejado otro medio de conservar la libertad que destruir su nuevo reino: su mala fé nos ha puesto en el compromiso de aniquilarle, ó sufrir el yugo de la esclavitud con que nos amenaza. Si encontrais algun espédiente que nos ponga á cubierto de sus intenciones, y nos asegure de la solidez de la paz que con él se haga, todos los pueblos que aquí veis dejarán gustosos las armas, y todos confesarémos con júbilo las ventajas que vuestra sabiduría nos hace.

Mentor le respondió: Ya sabeis que Ulises fió de mi cuidado la educacion de su hijo Telémaco, y que impaciente este jóven por averiguar la suerte de su padre, pasó á veros á Pilos, donde le recibisteis con toda la consideracion que podia esperar de un fiel amigo de su padre, dándole á vuestro propio hijo para que le acompañase á Esparta. Desde entónces ha hecho largos viages por mar: ha estado en Sicilia, en Egipto, en la isla de Chipre y en la de Creta; y ahora que creía volver á su patria, le han arrojado los vientos, ó por decirlo mejor los dioses, á esta costa; pero tan á buen tiempo que espero evitar con nuestra llegada los horrores de una guerra cruel. Ya no es, pues, Idomeneo,



sino el hijo del prudente Ulises : yo mismo soy el que os responde de la seguridad de lo que se concertare.

Estaban Idomeneo y Telémaco con el ejército Cretese viendo desde los muros de Salento como Mentor en medio de las tropas confederadas hablaba con el venerable Nestor , y desde allí procuraba percibir al ménos de qué modo eran recibidas las ofertas de su mediador , ya que no podian , como deseaban , oír los discursos de dos tan sabios ancianos ; porque Nestor fué siempre tenido por el mas experimentado y elocuente de los reyes de Grecia. El era el que en el sitio de Troya templaba la fogosa saña de Aquiles , el orgullo de Agamenon (1) , la fiereza de Ajax (2) , y el impetuoso valor de Diomedes. Sus labios destilaban la dulce miel de la persuasion : sola su voz era oída : solo él merecia que cuando hablaba guardasen los demas silencio ; y él por fin era el único que sabia ahuyentar del campo la feroz discordia. Y sin embargo de que ya empezaba á sentir las injurias de los años , todavía tenian sus razones la misma dulzura y energía : contaba las cosas pasadas para instruir con sus esperiencias á los jóvenes ; y aunque con alguna lentitud , lo hacia con suma gracia.

Pero este mismo anciano , tan justamente admirado de la Grecia entera , todo parecia haberlo perdido al lado de Mentor : su ancianidad era lánguida y abatida

---

(1) Agamenon , rey de Micenas , fué elegido general del ejército de los Griegos en el asedio de Troya.

(2) Ajax , hijo de Oileo , rey de los Locreses , deshonoró á Casandro en el templo de Palas despues de la toma de Troya ; pero fué en castigo herido de un rayo.

comparada con la de este , en quien los años respetaban la fuerza y el vigor del temperamento : las palabras del uno , aunque graves y sencillas , tenian un vigor y autoridad que empezaba á echarse de ménos en las del otro. Sus discursos eran breves , precisos y nerviosos. Nunca repetía lo que una vez habia dicho , ni se distraía del punto principal que se trataba ; y si alguna vez para persuadir una cosa tenia que inculcarla , hacía lo siempre con cierta novedad , valiéndose de comparaciones sensibles ; y al mismo tiempo tenia un no sé qué de complaciente y festivo con que se acomodaba á los alcances de todos para hacerles perceptibles las verdades que les enseñaba. Tales eran los dos hombres venerables que sirvieron de agradable espectáculo á todos aquellos pueblos reunidos , que se impelían é incomodaban unos á otros por verlos mas de cerca , y oír si podian sus sabios discursos , mientras que Idomeneo y los suyos ansiaban ver para interpretar el aire y semblante de sus enemigos.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.